

UN PACTO TÓXICO

La perversamente llamada Conferencia Internacional de Paz ha demostrado de forma inapelable que el Partido Socialista ha decidido utilizar el fin de ETA, real o fingido, como argumento ventajoso en la campaña electoral. Su incorporación a una mesa de diálogo con mediadores internacionales en un espectáculo organizado por la organización terrorista y sus filiales supone el descenso irreversible a los infiernos de la actual dirección del PSOE, su incorporación definitiva a la historia universal de la infamia y el cierre con broche de oprobio de una de las peores etapas de su trayectoria centenaria. La presencia en España de pacificadores extranjeros que igualan al Estado con los criminales implica la legitimación de sus atrocidades y el falseamiento absoluto de su naturaleza intrínsecamente malvada. Con el fin de atenuar su derrota el próximo 20 de noviembre, Rubalcaba se ha ensuciado con la peor de las indignidades y ha vendido su país a la escoria más repulsiva a cambio de un hipotético puñado de votos. En este contexto, es una obviedad fuera de toda duda que el pacto entre el PP vasco y el PSE carece ya de todo sentido. Su planteamiento inicial obedeció a una lógica impecable: los dos grandes partidos nacionales se unen para apartar del poder a los secesionistas totalitarios poniendo la unidad de la Nación y la defensa de las libertades civiles por encima de diferencias ideológicas. Este enfoque noble y ejemplar ha sido dinamitado por las cúpulas del socialismo vasco y nacional con su colaboracionismo fétido con ETA y su entramado. Por consiguiente, cada día que el acuerdo mantiene su vigencia ensucia a su parte minoritaria y la renuncia a denunciarlo hasta después de los comicios por consideraciones tácticas revela hasta qué punto el veneno etarra es poderoso.

Aleix Vidal-Quadras